

MEDITAR EL "GLORIA IN EXCELSIS"

Marzo, 7-1880

Mis queridas Hijas:

Hace quince días os dije algo sobre el *Te Deum*. Con el deseo de hablaros de algunos himnos y plegarias de la Iglesia, me pareció lógico empezar por el *Te Deum*, porque es el canto de acción de gracias, que se atribuye a San Agustín y a San Ambrosio, que lo compusieron juntos después del Bautismo de San Agustín; ¡gracia inmensa que Dios le había concedido! Quisiera hoy hablaros de una de las oraciones más hermosas que existen: el *Gloria in excelsis*.

Empieza esta oración con las palabras que del cielo vinieron a la tierra traídas por los ángeles; son todo un programa de vida cristiana. *Gloria in excelsis Deo, et in terra pax hominibus bonae voluntatis*.

Sólo tiene paz el hombre cuando da gloria a Dios. Se encuentra la paz glorificando a Dios, sirviéndole, amándolo. Toda persona que no ha encontrado la paz, aún en la vida perfecta, es porque no busca bastante la gloria de Dios, porque no ha levantado sus pensamientos, sus deseos, sus afectos a cimas más altas. A medida que un alma se eleva a lo alto, encuentra la paz prometida por los ángeles a las almas de buena voluntad.

Nunca se recordará bastante, que es de la gloria de Dios de donde procede la paz; por eso los ángeles dijeron: *Gloria in excelsis Deo, et in terra pax hominibus bonae voluntatis*.

Dos grandes Ordenes, importantes en la Iglesia, tienen por divisa esta palabra, Paz. La Orden de San Benito grava por todas partes, "*Pax*". La grava sobre todo en el corazón de sus hijos cuya vida tranquila y recogida es vida de paz, y también por el celo de sus hijos que hacen obra apostólica difundiendo por todas partes la paz.

La Orden más activa de los tiempos modernos encabeza todos sus escritos con "*Pax Christi*". Esta Orden, perseguida como ninguna otra, es

la de los jesuitas. También ellos dan la paz, porque la poseen, pero, ¿cómo tienen paz, si los atacan constantemente, perseguidos siempre por el odio de los malos?

Tienen la paz de Cristo, porque sólo les interesa Jesucristo; porque saben bien que la suerte del discípulo no puede ser mejor que la del Maestro; porque caminan con buena voluntad sobre las huellas de Aquel que anduvo delante de nosotros, el camino de la cruz, de la prueba, del sacrificio, dando su vida para salvar las almas. Los jesuitas tienen la paz y la comunican a los demás por la educación, la predicación, por su abnegado y santo ministerio y por una vida dedicada por ejemplo a extender por el mundo la paz de Nuestro Señor Jesucristo.

Después de considerar esto es preciso volver sobre uno mismo. Conocéis, supongo, la divisa de la Orden de San Agustín; está representada por un corazón atravesado por la flecha del amor divino. Es el corazón del hombre que se da a Dios sin reserva y ahí encuentra su paz. Si ese corazón tuviese una prueba, un sufrimiento, algo que soportar, el amor de Dios haría que todo fuese soportable.

También nosotras, hermanas, debemos encontrar nuestra paz en el ardiente deseo de hacer y sufrir por Dios todo cuanto se presenta; debemos comunicar esta doctrina a todas las personas que nos tratan y hacer que todas amen a Cristo. La paz de Nuestro Señor que debemos darles, no es una paz sin lucha. Nuestro Señor se ha cuidado de prevenirnos: *No vine a traer la paz, sino la guerra*, bien claro lo dice. ¿Cuál es esa guerra? Es lucha de separación, de sacrificio.

Las niñas que tenemos para instruir y educar nos dan ocasiones de adquirir esa paz que tanto trabajo cuesta; esa paz, que no viene del temperamento, sino de la gracia; esa paz que se encuentra cuando ante todo se busca a Dios, cuando se sacrifica a Dios todo, cuando se le ama ardientemente y sólo se desea su gloria y todo lo demás que seguimos diciendo en el himno angélico: *Laudamus te. Benedicimus te. Glorificamus te. Gratias agimus tibi*. Creo, hermanas, que lo habéis entendido. *Te alabamos. Te bendecimos. Te adoramos. Te glorificamos. Te damos gracias.*

¡Ah! ¡Cuánto desearía que esa fuese la ocupación constante de vuestras almas! Ya lo véis,

no se trata precisamente del estado en que nos encontramos en la tierra, de algo que se encuentra en la vida, no; se trata de la ocupación de nuestras almas alabando siempre a Dios, bendiciéndole siempre, glorificándole, adorándole, dándole gracias por su inmensa gloria *Propter magnam gloriam tuam*. Porque la gloria de Dios debe ser nuestra alegría, nuestro amor, nuestro fin, y si en esta vida nos ocupamos siempre en alabar, bendecir, adorar, glorificar a Dios y rendirle gracias, ya empezamos en la tierra aquello que continuaremos haciendo eternamente en el cielo. Entonces, como dice San Pablo, nuestra conversación estará en los cielos: *Nostra conversatio in caelis est*. Para vosotras, almas religiosas, en quien no debe existir nada que sea malo ni siquiera imperfecto, vuestra conversación debe estar en los cielos. Y para que se encuentre en vosotras todo lo que es puro, todo lo que es bueno, todo lo que es santo, es necesario que viváis siempre en estos pensamientos.

Creo que un alma es muy feliz y está muy cerca de la paz cuando olvida sus sentimientos, sus preocupaciones, los pensamientos que asedian su imaginación, las mil peripecias de este mundo, y lo olvida todo para remontarse en seguida

a uno de esos sentimientos, a una de esas cinco alabanzas que no son otra cosa sino los grandes deberes que tiene el alma hacia Dios. Esos deberes conocidos, aunque imperfectamente en la antigua Ley, fueron gravados en los corazones por Nuestro Señor Jesucristo de una manera más particular. No podré decir que no existían antes de la venida del Mesías, porque los Salmos de David, son cantos admirables de alabanza, adoración, bendición y acción de gracias; pero Nuestro Señor vino a darles más vida en los corazones cristianos.

Para nosotras, que además de ser cristianas, somos esposas de Jesucristo; que hemos dejado el mundo buscando una vida mejor y más perfecta, ¿dónde encontraremos esa paz comunicativa si nuestros pensamiento, nuestros sentimientos, nuestras preocupaciones no se vuelven hacia esos grandes deberes que nos obligan a pensar en Dios? El primero y más grande de nuestros deberes es la adoración. Vuestra vocación de Asuncionistas os hace adoradoras; y precisamente son adoradoras, aquellas que rinden a Dios estos grandes deberes, aquellas que se anonadan en la admiración, la sumisión y en el excesivo amor si así puede decirse.

Ya os he relatado esta palabra tan bonita de un niño. El sacerdote que le explicaba el catecismo le preguntó si amaba a Dios: *Pero, señor abad, si le adoro*. Esta adoración viene a ser el colmo del amor. ¿Cómo quiere usted que no le ame puesto que le adoro? Me hace adorarle el amor, el respeto; le adoro también con sumisión, rindiéndole el homenaje de mi pobre y pequeño corazón. Pues bien, hermanas, vosotras que sois religiosas, adoradoras, adorad a Dios con amor, adoradle dándole gracias. Parece difícil algunas veces darle gracias cuando se sufre. Quisiera persuadiros de que el mejor medio para soportar el sufrimiento es rendir gracias a Dios.

Tenemos también en las oraciones de la misa esta otra palabra: *Verdaderamente es justo y equitativo el rendir gracias a Dios en todo tiempo y todo lugar*. Realmente es de justicia rendir a Dios gracias en todo tiempo y en todo lugar aun cuando sólo fuere por el inmenso beneficio de la Encarnación y por la manera de comunicarse a nosotros por el Bautismo, la Comunión y los demás Sacramentos; pero el deber de toda religiosa adoratriz es también dar gracias a Dios en el sufrimiento, en las dificultades y en todas las pruebas de la vida, elevándose

por encima de su insignificante personalidad para darle siempre gracias. Los mártires en el fuego y en la hoguera nos han dado este ejemplo: *Benedicam Dominum in omni tempore*, clamaba San Teodoro en medio de los tormentos.

Imaginad la hermosura y la paz de un alma que en todo tiempo bendice a Dios; que le adora siempre con respeto, con amor, con sumisión; que transforma todo en alabanza y acción de gracias. ¡Esta sí que practica lo que debe ser el carácter de las religiosas de la Asunción! Estas alabanzas no son de la tierra, porque estas almas sólo tienen su conversación en el cielo y se esfuerzan en conquistarle subiendo siempre en pos de la Santísima Virgen.

Continuad leyendo el *Gloria in excelsis* y considerad a menudo en vuestro corazón esos pensamientos; creo es muy útil esta meditación. También podéis meditar otra parte de la misa, el Prefacio, por ejemplo; ya os he indicado las primeras palabras. Cada Prefacio, expone un motivo particular, que nos lleva a dar gracias a Dios. Es unas veces el recuerdo de la Cruz o las gracias y maravillas que Dios derramara sobre la Santísima Virgen que toda pura, Inmaculada,

trajo sobre la tierra la luz increada. *Lumen
oeternum mundo effudit.*

Leed algunas veces los Prefacios; medita esas hermosas oraciones de la liturgia; es el gran medio de elevarse sobre sí mismo; es también la manera de asistir con mayor devoción a todos los oficios; porque cuando se ha meditado una palabra y se repite en seguida, aunque rápidamente siguiendo la misa, se encuentra de nuevo algo de aquellas impresiones devotas que tuvieron tanto atractivo, meditadas con más reflexión y más tiempo.